

FIN DE FIESTA

El fantasma del hambre recorre el mundo*

Armando Bartra

La crisis alimentaria, que se asocia con la climática, la energética y la financiera, es estructural y marca el fin de un largo periodo de alimentos baratos derivado de la revolución verde. El disparador ha sido una oferta que ya no crece tan rápido y una demanda explosiva derivada del cambio de hábitos alimentarios y el auge de los agrocombustibles, a lo que se suma la especulación. En la base de la crisis alimentaria está también el encarecimiento del petróleo, bien natural escaso cuya producción se acerca al declive, poniendo en entredicho no sólo la “agricultura industrial” sino todo un modelo civilizatorio sobreconsumidor de energía. Vivimos, pues, un cambio de época que demanda nuevos patrones de producción y consumo, los que, en el caso de la agricultura, habrá que recuperar y desarrollar con saberes provenientes de la ciencia formal, los paradigmas tecnológicos, económicos y culturales del mundo campesino.

Palabras clave: crisis alimentaria, cambio climático, revolución verde, agrocombustibles, sustentabilidad, pico del petróleo, soberanía alimentaria, agricultura industrial, agricultura campesina.

ABSTRACT

Food crisis as been related to climate, energy and financial ones, it is structural and signals the end of a long cheap food period generated by green revolution. It has begun because food offer does not grow as fast as before and there is an explosive demand increase because of changes in dietary habits and biofuels boom. Financial speculation is added. Oil has become very expensive, it is a natural resource and its production seems to reach an end. This questions not only “industrial agriculture” but a whole civilization model that has over consumed energy. We are living an epoch change that demands new production and consume patterns that, in agriculture case, will recover and develop formal science knowledge and technological, economic and cultural paradigms form peasant world.

Key words: food crisis, climatic change, green revolution, biofuels, sustainability, oil peak, food sovereignty, industrial agriculture, peasant agriculture.

*Una versión más breve de este texto apareció en *La Jornada del Campo*, núm. 9.

Crisis ambiental, energética, financiera y alimentaria. Cuatro flagelos que anuncian, no el fin del mundo, sí el agotamiento de un modelo civilizatorio. Y los cuatro jinetes galopan a la par, de modo que la carestía universal se alimenta de cambio climático, petróleo escaso y especulación bursátil.

Si bien la debacle alimentaria se exagera debido a la especulación con los precios, es un asunto de carácter estructural, pues remite al exhausto paradigma técnico-económico impuesto al sector agropecuario hace alrededor de medio siglo. En 1968 William Gaud, de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) llamó a las mudanzas agropecuarias en curso “no una violenta revolución roja” sino una “revolución verde”, y el nombre quedó. Pero, recientemente, Maumohan Singh, primer ministro de la India, reconoció que la revolución verde había terminado.

Y es que los rendimientos de los granos básicos, que a principios de la década de 1960 crecían en promedio 10% anual, entre 1990 y 2007 decrecieron a una media anual de 1%. Es cierto que pese al estancamiento de la productividad, las cosechas siguen aumentando, pero crecen menos que la población, mientras que arrastrada por los requerimientos de la ganadería y los agrocombustibles su demanda se incrementa a una tasa mayor que la demográfica. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, por sus siglas en inglés), las alzas en los precios de los granos básicos se deben a un “rezago de la oferta internacional de varios de los principales productos, respecto de una demanda fuertemente expansiva”; mientras que en declaraciones ante el Parlamento Italiano, el presidente del organismo manifestó que “el índice de los precios de alimentos aumentó 12% en 2006, 24% en 2007 y 50% en los primeros meses de 2008”; entre éstos, los cereales y oleaginosas fueron los que más crecieron, con tasas próximas a 70%; pero además de la relación oferta-demanda, el encarecimiento se debe a una fuerte alza de los costos derivada de los aumentos en fertilizantes y combustibles, y también a una “inusual actividad financiera especulativa”, concluye la FAO (véase informe FAO septiembre 2008, y Reuters, AFP, “Encarecimiento de los alimentos agrava el hambre”, *La Jornada*, 18 de septiembre de 2008). Así, por primera vez en casi 40 años, la humanidad consume más potenciales alimentos de los que cosecha, los inventarios de cereales y oleaginosas se reducen, las transnacionales especulan con el hambre y los precios de la comida se disparan. No sólo los granos, también frutas y legumbres frescas y alimentos procesados, pues el encarecimiento del petróleo

eleva todos los costos. Aún hay comida suficiente y si fuera bien distribuida alcanzaría para alimentar a todos adecuadamente, pero con los patrones de consumo actuales la escasez es un hecho y llegó para quedarse.

Otra agricultura es necesaria; otra agricultura es posible. Pero la nueva revolución verde no puede ser más de lo mismo. El viejo modelo de irrigación, mecanización, mejoramiento de semillas, fertilización y control de plagas no sólo se agotó, también mostró su consustancial irracionalidad como paradigma único. Suya es la responsabilidad mayor por la debacle campesina, pero también por la degradación de los suelos que, según la Convención de Lucha contra la Desertificación, organismo de la ONU, se extiende sobre 30% de la superficie terrestre y, junto con la deforestación, contribuye con el 20% al calentamiento global.

Tom Lumpkin, del Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), dice que la solución está en los transgénicos (Economist Intelligence Unit. “Urge otra revolución verde”, *La Jornada*, 17 de junio de 2008). Opinión compartida por trasnacionales, empresarios y funcionarios públicos, pero muy discutible.

Cuestionables cuando menos porque erosionan el germoplasma silvestre o domesticado (en tiempos en que el cambio climático hace más valiosa la capacidad adaptativa de la diversidad de especies y variedades), las semillas genéticamente modificadas no son el demonio pero tampoco la solución, pues multiplican la tendencia al monocultivo, a la destrucción de los ecosistemas naturales y al establecimiento de la vertiginosa agricultura extractiva que place al agronegocio asociado a las corporaciones agrotecnológicas y graneleras.

Hace falta producir más y hacerlo mejor. Lo que requiere el empleo de tecnologías múltiples y flexibles adecuadas a la diversidad de los ecosistemas, el manejo agro-silvo-pastoril, el policultivo y, en general, el empleo diversificado y sostenible de los recursos humanos y naturales. Polifonía que de antiguo han practicado los campesinos y que pueden reforzar los saberes de la ciencia formal.

También en México la carestía tiene raíces estructurales. Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEG), la agricultura, que entre 2003 y 2004 había crecido en términos reales 7.2%, el año pasado se estancó al incrementarse en sólo 0.1%, y este año decrecerá 1.3% (Márquez, 2008). Por su parte, el informe del Banco Mundial del 30 de mayo (*La Jornada*, 4 de junio de 2008), pronostica para el año en curso un déficit alimentario de casi 5 mil millones de dólares, 251% más que el de 2006, antes del alza generalizada. La dependencia es básicamente cerealera: en maíz hay un déficit neto de 2 mil millones de dólares, de 1 344 en trigo y de 306 en arroz. No debe de extrañarnos, entonces, que de 2007 a mediados de 2008 los precios de los alimentos hayan crecido 70 por ciento.

Un nuevo pacto entre la ciudad y el campo, que revalore lo rural y se traduzca en políticas públicas comprometidas con el agro, es exigencia del campesinado mexicano cuando menos desde las movilizaciones de 1995, recuperada en 2003 por el Movimiento “El campo no aguanta más”, recogida (con asegunes) por el Acuerdo Nacional para el Campo (ANC, 2003:173-192), y levantada de nuevo cuatro años después por la exitosa campaña “Sin maíz no hay país”. Planteo que el gobierno hace como que escucha pero nunca asume, pues desde la década de 1980, quienes gobiernan están convencidos de que la agricultura debe someterse ciegamente a “las señales del mercado” y que en un modelo agroexportador no caben los campesinos.

La rectificación necesaria para salvar al campo y al país es de fondo, pero está visto que la adopción de un nuevo paradigma rural-urbano no resultará de regateos puntuales sino de una correlación de fuerzas claramente favorable a esta causa y un debate público que ponga sobre la mesa los proyectos estratégicos de nación implícitos en las políticas rurales. Debate que hoy pueden ganar con facilidad las posturas filocampesinas porque los saldos económicos, sociales y ambientales de la receta neoliberal fueron desastrosos, pero también porque los tiempos están cambiando, la agricultura mundial entró en una nueva fase de precios altos y porque por los arrabales del mundo avanza la hambruna.

ALIMENTOS AL ALZA

Después de la Segunda Guerra Mundial vivimos un largo periodo de cotizaciones agropecuarias decrecientes y en los últimos 30 años el precio de los alimentos se redujo 75%, no tanto por apertura de nuevas tierras al cultivo (algunas, incluso, se dejaron de sembrar por abandono o mediante subsidios) sino por mayores rendimientos y cosechas, resultantes de tecnologías asociados a la llamada revolución verde, que dieron lugar a una suerte de “agricultura industrial” donde, en apariencia, se puede aumentar casi ilimitadamente la productividad con relativa independencia de las condiciones agroecológicas. Al explosivo incremento del riego —en el siglo XX se construyeron 800 mil presas: 45 mil de más de 15 metros de altura y 100 aún mayores— (Hoering, 2005), se agregó la mecanización a ultranza, las semillas mejoradas, un mayor empleo de fertilizantes químicos, nuevos herbicidas y una amplia gama de pesticidas. Esto, los subsidios y en muchos casos el saqueo impago de recursos naturales no renovables, como aguas fósiles, transformaron a los países metropolitanos en granero del mundo, dejando a los periféricos como abastecedores de algunas materias primas agropecuarias e importadores netos de comida.

Para renunciar a la seguridad alimentaria basada en autoproducción y en reservas estratégicas propias, los mercadócratas al mando argumentaban que los países de la gran franja equinoccial no tienen vocación cerealera y es más razonable que importen granos baratos a que los produzcan caros. El desarme económico unilateral en nombre de las “señales del mercado”, viene de las administraciones priistas de la década de 1980, pero el discurso se repitió, caricaturizado, durante el primer gobierno del PAN; a fines de 2002 el secretario de Agricultura señaló:

Los agricultores contarán con un plazo de 5 años para hacerse eficientes y competitivos (y si no lo logran) mejor que se dediquen a otra cosa [...] El que no lo entendió, no lo quiso entender. Estamos planteando para los productores de granos [...] una disyuntiva: o te vuelves eficiente con los parámetros internacionales o te buscas otra cosa [Bartra, 2003:25].

Y, más allá del *dumpin* económico y ambiental que practican las metrópolis primermundistas, lo cierto es que sus rendimientos técnicos y sus abundantes cosechas permitieron mantener bajos los precios de los granos básicos, dándole una apariencia de validez a la decisión.

Esto terminó. El índice de precios de alimentos de *The Economist* está en su punto más alto desde que empezó en 1845 y los inventarios de los cereales, como porcentaje de la producción, son los menores jamás registrados. A fines de 2007, como saldo de un incremento de 130% durante el año, el trigo llegó a 400 dólares la tonelada, el mayor precio del que haya memoria, y el maíz escaló los 175 dólares, también un récord. Ciertamente se trata de picos, pero aun cuando descienden las cotizaciones siguen muy elevadas. Y estas alzas provocan desplazamiento y encarecimiento de otros cultivos como el arroz, que en los primeros meses de 2008 tuvo un alza de 75%, y en tanto que se dan en insumos ganaderos ocasionan el encarecimiento de la carne, el huevo y los lácteos. Según el Banco Mundial, de fines de 2006 a principios de 2008 el precio de los alimentos en general se incrementó en casi 50%, y en el resto de este último año el encarecimiento se aceleró. Las malas cosechas influyen, pero más allá de fluctuaciones anuales, las causas de fondo son otras, de modo que el mediano y largo plazo son igualmente ominosos: según The Institute of Science in Society, con datos de International Food Policy Research Institute, de continuar las tendencias actuales el precio de los alimentos aumentará entre 20 y 33% para 2010 y entre 26 y 35% más para 2020.

Por parte de la demanda, hay que considerar el incremento del empleo de granos en alimentar ganado (provocado, entre otras cosas, por el cambio de hábitos alimentarios en países como China e India), y más recientemente por la explosiva demanda de maíz y otros productos de potencial consumo humano para producir agrocom-

bustibles fuertemente subsidiados (15 mil millones de dólares anuales sólo en los países de la OCDE, según el *Financial Times*). La combinación es explosiva, pues entre 2004 y 2007 el mismo incremento que tuvo la producción maicera lo tuvo el empleo de este grano para fabricar etanol, de modo que el aumento de la demanda forrajera presionó sobre las reservas, el saldo: alzas bruscas de los precios. La conversión de granos a combustibles y carne resulta ruinosa en un mundo con hambre, pues con la cantidad de cereal que aporta las calorías que una persona gasta en un día apenas se produce un cuarto de litro de etanol o seis gramos de carne de res. Sin embargo, la tendencia se mantiene. La demanda de maíz para producir etanol, que durante la década de 1980 y principios de la de 1990 había crecido moderadamente, en la segunda mitad de la década se dispara, de modo que para 2008 se prevé que Estados Unidos destinará un cuarto de su cosecha maicera para producir etanol.

Por parte de la oferta, debe tomarse en cuenta la degradación de los sistemas agrícolas intensivos, cuyos altos rendimientos se lograron erosionando los recursos naturales, y los altos costos sociales, ambientales, productivos y de transporte asociados a la apertura de nuevas tierras al cultivo, muchas de ellas vulnerables al cambio climático (Economist Intelligence Unit, 2007). Otro factor no coyuntural que coadyuva al alza de precios por el lado de la oferta es la imposibilidad de seguir soslayando indefinidamente los altos costos ambientales directos e indirectos de una actividad que con su actual modelo tecnológico emplea –y en gran medida contamina– la mayor parte del agua potable de la que disponemos, que genera un tercio de todos los gases de efecto invernadero (18% por deforestación y 14% por la producción misma) y que es usuaria de una porción sustantiva del transporte, que a su vez genera 14% de dichos gases.

Sobre este desequilibrio básico trabaja la especulación, dando como resultado un mayor encarecimiento. El juego bursátil con los alimentos no es nuevo, pero se incrementó notablemente por las crisis de las hipotecas inmobiliarias en Estados Unidos que, al trasladarse al conjunto del sistema financiero, forzó un rescate gubernamental con un costo del orden del billón de dólares. Debacle a resultas de la cual muchos capitales especulativos migraron a materias primas como petróleo y alimentos.

El maíz es un buen ejemplo de cómo en años recientes el consumo superó sistemáticamente a la producción. De 1982 a 2006 la demanda de este grano pasó de 420 a 720 millones de toneladas métricas, creciendo a una tasa anual de 2.9%, sin embargo en los últimos años –de 2002 en adelante– la tasa estuvo por encima de la media y fue de 3.2%, de modo que en la última década casi en todos los años la demanda rebasó a la oferta y se redujeron los inventarios (FCStone, citado en Turrent, 2006:87). En el último cuarto de siglo, los precios internacionales del maíz aumentaron fuertemente en 1981, 1983-1984 y 1995-1996, pero después regresaban a

niveles normales. No así en la última alza, que se mantiene y presumiblemente será prolongada (Turrent, 2006:90).

EL PICO DEL PETRÓLEO

El fin de los alimentos baratos es inseparable del fin de los combustibles baratos. Agotamiento energético que es también el término del ciclo histórico que empezó hace más de 200 años con el despliegue del capitalismo industrial: un orden basado en la ganancia y sostenido por un creciente gasto de energía (en los últimos 20 años se empleó más energía que en toda la historia previa de la humanidad) que sólo fue posible por la generosidad de los combustibles fósiles. A mediados del siglo XIX se perfora el primer pozo petrolero y con ese poderoso recurso el siglo XX vive una inusitada aceleración: en un lapso equivalente al 0.05% de la historia de la humanidad el uso de energía crece 1 600%, la economía se expande 400%, el empleo de agua dulce aumenta 900% y la población se incrementa 400% (de 2 500 millones a 6 000 millones). Pero a su vez el bióxido de carbono en la atmósfera aumenta 1 300% y las emisiones industriales 40 000 por ciento.

La Agencia Internacional de Energía documenta que entre 1980 y 2004 hubo un incremento de la demanda mundial de energía de 45.7%, para llegar a 11 204 millones de toneladas de petróleo crudo equivalente (Mtoe), y para 2030 proyecta una demanda de 17 095. En 1980 las principales fuentes de esta energía fueron petróleo, 42.8%, carbón mineral, 24.6%, y gas natural, 17%; es decir 84% proveniente de combustibles fósiles, mientras que en la proyección a 2030 se prevé que el petróleo aporte 35.2%, el carbón 24.6%, y el gas 20.5, donde se aprecia una baja en la participación del petróleo pero una dependencia apenas un poco menor, 80%, respecto de los combustibles fósiles (Agencia Internacional de Energía, 2006). Y esto se refleja en los precios del petróleo, que de 1982 a 1998 habían sido decrecientes y desde entonces se incrementan sistemáticamente, lo que en 2005 los lleva a 50 dólares el barril y en 2008 a rebasar los cien dólares.

Todo hace pensar que, globalmente, estamos en la inminencia del pico del petróleo, también llamado pico de Hubbert, en referencia al geofísico que en 1956 trazó la curva que señalaba la cúspide y caída de la producción petrolera en Estados Unidos. En términos geológicos, la fórmula designa el momento de mayor producción de un yacimiento, a partir del cual ésta se reduce. Dicho máximo ha sido alcanzado ya en muchas regiones productoras y según diversos autores (Kenneth Deffeyes, *Beyond Oil: The view from Hubberts Peak*; Hirsch, R., R. Bezdeck y R. Wendling, *Peak of World oil Production: Impacts, Mitigation & Risk manegement*; entre otros citados por

Santa, 2007), es en el nivel planetario una inflexión en curso o inminente. Ciertamente hay prospecciones optimistas como la del Unites States Geological Survey, que ubica el pico más allá de 2025, en cambio los geólogos Collin Campbell y Kenneth Deffeyes, consideran extraída la mitad del petróleo existente y ubican el pico entre 1999 y 2005 (Cabrera, 2008:32-35). Al respecto, Duncan C. Richard documenta que de 1960 a 1973 la producción de petróleo aumentó a un promedio anual de 6.65%, de 1973 a 1979 lo hizo a sólo 1.29% y de 1979 a 2000 a 0.75%, y estima que el pico se alcanzó en 2006 mientras que de 2006 a 2040 la producción del energético decaerá 58.8%, a un promedio de 2.45% anual [Geological Society of America (<http://www.hubbartpeak.com/duncan/alduvai2000.htm>)].

Pero, además de que se produce menos combustible, los rendimientos decrecientes de los yacimientos se traducen en reducción de la energía neta que se obtiene del petróleo, pues rebasado el pico, la extracción demanda esfuerzos cada vez mayores en forma, por ejemplo, de inyecciones de gas o agua. Otro factor que refuerza la declinación de los combustibles fósiles en términos de energía neta, es que tienen que explotarse aceites más pesados, depósitos más profundos o fuentes no convencionales en los fondos marinos, en el Ártico o en arenas bituminosas. Así, la energía neta del petróleo pasó de 100 a 1, a 20 a 1, en los últimos años, y sigue descendiendo.

El que se rebase el pico del petróleo y entremos en un periodo de creciente escasez relativa de combustibles fósiles constituye un fin de época, no porque habrá que cambiar de fuentes de energía sino porque la densidad energética del petróleo, el gas y el carbón es excepcional y posiblemente irrepetible, pues al estar formados por materia orgánica acumulada y comprimida desde el cenozoico y durante tiempos geológicos condensan enormes cantidades de energía solar. Energía empaquetada, a la mano y, por tanto, “barata” en una lógica extractiva, que la humanidad sorbió y dilapidó en poco más de cien años. Agotada esta riqueza energética pacientemente atesorada por el planeta y por tanto no renovable, tendremos que recurrir a otras fuentes más duraderas, como la propia radiación solar, que son prácticamente ilimitadas pero tienen una densidad energética muchísimo menor, un saldo energético neto más reducido y un costo económico mayor, cuyo pago –además– no se puede posponer, como durante la Jauja de los combustibles fósiles, y tiene que ser en efectivo.

Así, en un suspiro cósmico el capitalismo saqueó el presente y el pasado; depredó la biosfera viviente y la biosfera fosilizada en la litósfera. Pero el sueño ha terminado y con él se esfumó el espejismo de abundancia en que vivió la efímera civilización industrial. Ojalá se supere también, cuando aún estamos a tiempo, un orden ambientalmente insostenible y socialmente insoportable donde la furiosa aceleración

sin rumbo condensó y exacerbó todas las contradicciones, un mundo inhóspito y errático donde la prisa suplantó a la historia.

CAMBIO DE ÉPOCA

Múltiples son las señales anunciadoras del fin de los tiempos, las más ominosas referidas a la crisis ambiental. Recientemente se ha enfatizado el calentamiento global, pero el recuento de los daños debe ser más abarcador: “cambio climático, desertización, crisis mundial de recursos hídricos, deforestación, deterioro de los océanos, erosión acelerada de la biodiversidad y contaminación de aire, suelo, agua dulce y mar”, es la enumeración de Koichiro Matsuura, director general de la Unesco, quien vaticina para los próximos años el “desplazamiento de 150 a 200 millones de ecorrefugiados” (Matsuura, 2008).

El problema está en que, según un estudio sobre la “huella ecológica” de nuestra especie, desarrollado por del equipo encabezado por Mathis Wackernagel (citado por Matsuura), mientras que en 1972 la utilización de los recursos naturales por el hombre se aproximaba al 85% del nivel sostenible a largo plazo, hoy se sitúa en torno a 125% de ese nivel. Es decir que la humanidad está 25% por encima de sus límites.

El impacto de la combustión masiva de petróleo, gas y carbón mineral nos está llevando a un desbarajuste ambiental irreversible. Pero, además, estos combustibles se terminan y con ellos concluye un modelo histórico de desarrollo, pues sus virtudes energéticas son tan inusuales que es muy probable que nunca más contemos con algo parecido (Santa, 2007).

Con el agotamiento del petróleo se agota también un paradigma civilizatorio, un sistema mundo que siendo socialmente inicuo y ambientalmente predador también resultó energéticamente insostenible. Y la alternativa a la crisis terminal del mercantilismo absoluto no está en desarrollar otras fuentes energéticas manteniendo la tendencia del gasto, necesitamos cambiar radicalmente nuestro modo de producir, mercader, consumir y convivir. El sistema basado en la explotación del hombre y de la naturaleza no puede seguir reteniendo a los miserables en la periferia y escondiendo la basura debajo de la alfombra, al gran dinero ya no le es posible transferir, desplazar o posponer las facturas socioambientales acumuladas durante las últimas centurias. Y es que al incidir sobre la reproducción del ecosistema planetario con impactos que se desplazan social, espacial y temporalmente, la producción económica capitalista incurre en “costos” ambientales que por lo general no reconocen ni pagan quienes los

ocasionan, sino quienes, estando distantes en la escala social, en el mapa o en el calendario, sufren sus efectos desplazados, remotos o pospuestos.

Los excesos del *penthouse* social se trasminan a los pisos bajos de modo que unos son los que pisan el acelerador y otros los que respiran los gases del escape, unos los que producen la basura (a razón de 7 kilos diarios por persona en las grandes ciudades) y otros los que viven en los tiraderos. De la misma manera, siendo las economías metropolitanas las más contaminantes, los daños mayores del cambio climático están ocurriendo en las regiones tropicales de África y América Latina. Y, por último, mientras las privilegiadas generaciones actuales disfrutan las mieles de una alta productividad ficticia por insostenible, serán las próximas quienes paguen con hambre, enfermedad y rebatía por los recursos las facturas que les heredaron sus irresponsables ancestros.

Al transferir los costos ambientales en la escala social, en el espacio y en el tiempo, los ricos envenenan a los pobres, el centro explota a la periferia y el presente saquea al futuro. Ciertamente, el capital explota al trabajo, pero esta inequidad canónica no es más que una pequeña parte de la socioambientalmente insostenible injusticia sistémica.

SE AGOTA EL MODELO DE AGRICULTURA INDUSTRIAL

La crisis energética gravita decisivamente sobre la crisis agropecuaria. No sólo porque una de las opciones a los combustibles fósiles son los agrocombustibles, cuya expansión se da, en parte, sobre tierras antes destinadas a otros cultivos (caña de azúcar y cereales, para producir etanol, y oleaginosas para generar biodisel); sino también porque la agricultura siguió los mismos patrones que la industria y hoy depende en gran medida de la disponibilidad y bajo costo de los derivados del petróleo: las máquinas agrícolas, muchos sistemas de riego y toda la agroindustria son grandes consumidores de energía, muchos fertilizantes provienen de la industria petroquímica y la globalización agropecuaria supone mover cosechas masivas a grandes distancias con enorme costo en combustibles. El agotamiento del modelo energético es también el agotamiento del paradigma de la “agricultura industrial” que empezó a imponerse hace dos siglos.

En una era de caos climático y recursos disminuidos el modelo neoliberal se vuelve inviable. Su dependencia de las exportaciones con enormes gastos de transporte y creciente empleo de recursos [...] es insostenible [...] La viabilidad económica futura demandará un dramático vuelco hacia las economías locales [...] reintroducir una versión modernizada de la sustitución

de importaciones [y] promover una ordenada rerruralización y revitalización de las comunidades a través de reforma agraria, educación, métodos agroecológicos de pequeña escala, control de importaciones-exportaciones y énfasis en la democracia local. Todo en preparación de la inevitable desindustrialización de la agricultura que vendrá al declinar la disponibilidad de combustibles baratos [Mander, 2007].

El mundo necesita más y mejor comida, pero no puede producirla del modo como lo hacía antes. Con altos precios, bajos inventarios, ascendentes costos de transporte, progresiva derivación de las tierras y de los cultivos a fines no directamente alimentarios y crecientes efectos del cambio climático sobre las cosechas, depender de la importación de granos básicos es ruinoso para los países que quizá podrían pagarlas y suicida para los más pobres. En adelante no sólo será social y políticamente pertinente sino también económicamente rentable, en la perspectiva de las cuentas nacionales, recuperar la soberanía y seguridad alimentarias buscando autosuficiencia cuando menos en los bienes de mayor consumo.

En palabras de Blanca Rubio:

La orientación de los países desarrollados hacia la producción de alimentos para energéticos y con ello la reducción de la oferta mundial de granos para alimentos implica que los países dependientes se verán obligados a fortalecer la autosuficiencia alimentaria a riesgo de orientar elevados montos de sus divisas a la compra de los encarecidos alimentos en el exterior [Rubio, 2007].

Pero, quién y cómo puede producir en cada país los alimentos que hacen falta. La salida no está en el agronegocio por tres razones: primera, su modelo tecnológico es depredador de modo que si encabezara la nueva expansión agrícola el daño ambiental sería incalculable; segunda, su racionalidad económica es especulativa, lo que maximizaría las rentas a las que dará lugar el necesario cultivo de tierras cada vez más lejanas y menos fértiles; tercera, su manejo político del hambre le permite extorsionar pueblos y chantajear gobiernos.

Dejar en manos privadas el aprovisionamiento alimentario cuando éste se encuentra en riesgo es propiciar el arrasamiento final de campesinos y comunidades indígenas por una agricultura especulativa controlada por transnacionales que además no generan empleo (en el caso ejemplar de la soya, apenas dos jornales por cada 1000 hectáreas), es alentar la degradación de suelos, aguas y biodiversidad por un sistema de cultivo extractivo o “minero” que ya mostró sus límites (Grupo de Reflexión Rural, junio 2005); pero es, también, multiplicar las distorsiones del mercado, pues la apropiación y valorización de recursos naturales limitados y de distinto potencial productivo

genera rentas diferenciales y facilita las rentas absolutas especulativas; estas últimas no sólo porque al monopolizar el medio de producción, los insumos de patente y los sistemas de mercadeo se controla la oferta sino porque al tratarse de alimentos básicos la demanda es inelástica y los precios no tienen más límite que la voracidad corporativa y la capacidad de pago del hambreado consumidor. Rentas que se embolsan las transnacionales graneleras en mayor proporción que sus personeros en la operación del cultivo, con frecuencia *pools* de empresarios ajenos al campo, quienes buscando la mayor ganancia en el plazo más corto se asientan temporalmente en la tierra para establecer una agricultura predadora y sin agricultores. Ejemplo de esto son los “desiertos verdes” soyeros que invaden el cono sur del continente americano (Rulli, 2007).

No menos ominoso es el poder fáctico de un agronegocio que es capaz de inducir políticas y de poner o quitar gobiernos. También en esto el ejemplo lo encontramos en el sur del continente: en marzo de 2008 estalló en Argentina un paro patronal encabezado por la Sociedad Rural Argentina, agrupación de extrema derecha vinculada con los ex militares y la iglesia más conservadora. Con amenazas de desabasto, los beneficiarios de la hiperrentable agricultura argentina que lucran con el acceso irrestricto a la tierra pero también con la devaluación de 2001 que elevó abruptamente los ingresos de los exportadores, se niegan a pagar los actuales impuestos y con métodos golpistas exigen al gobierno que reduzca las “retenciones”.

POR UN CAMPO CON ROSTRO HUMANO

Dada su relevancia alimentaria, su importancia laboral y la trascendencia de sus aportes ambientales y culturales, el buen manejo de los bienes comunes y patrimonios colectivos del mundo rural es socialmente prioritario. Interés primario que en un contexto de crisis energético alimentaria deviene asunto de seguridad nacional y global donde los requerimientos de los mexicanos todos y de la humanidad entera están por encima de la “mano invisible” del mercado y la no tan invisible de las transnacionales y sus protectores imperiales. En su entreverada e integral multidimensionalidad, el campo es ámbito de interés público cuya conducción debe ser compartida por el Estado y la sociedad organizada: comunidades rurales, pobladores, productores agropecuarios, consumidores, creadores de cultura, expertos, etcétera.

La creciente dependencia alimentaria mexicana en los tiempos del TLCAN (1995-2007) disminuyó la superficie sembrada en 12% y si bien los rendimientos agrícolas crecieron 25% la demanda interna aumentó más, de modo que se incrementaron exponencialmente las importaciones. Así, en el caso del maíz, la superficie se redujo

casi 11% y pese a que el rendimiento aumentó 30%, la importación se creció 185%. En el del frijol, la superficie cayó 28%, el rendimiento aumentó 76% y las importaciones subieron 283%. En el del trigo, la superficie se redujo 27% y aun con el aumento de 50% en rendimientos la importación se incrementó 217%. Finalmente, en el caso del arroz la superficie se redujo 22% y las importaciones aumentaron 120 por ciento.

Para México, como para muchos otros países severamente deficitarios en alimentos, restaurar la autosuficiencia en básicos supone incrementar sostenidamente los rendimientos, pero también recuperar la superficie antes sembrada y aun ampliarla. Expansión de la frontera agrícola que para que no sea predatora sino sostenible, debe incorporar criterios ecológicos, es decir, un manejo múltiple y flexible de los recursos naturales y sociales adecuado a su frágil condición. De lo contrario, si la expansión de los cultivos se rige por la maximización de las ganancias en el tiempo más corto, la nueva producción alimentaria adoptará la forma de monocultivos “extractivos” que ya tiene en buena parte del planeta, con saldos ambientalmente catastróficos.

Ha llegado el día de que los campesinos alimenten de nuevo al mundo. La alternativa local, nacional y global es la pequeña y mediana producción familiar o colectiva operando en un marco institucional que en vez de inhibirlas o suplantarlas potencie sus virtudes sociales, ambientales, tecnológicas y económicas. El cultivo doméstico y asociativo, por lo general multiactivo y diversificado, puede incrementar su oferta directamente agropecuaria y su aportación de bienes sociales, ambientales y culturales, como ya lo hizo en el pasado. Pero si no tiene apoyo público y no se regula su entorno económico acabará vendiendo a precios de costo y consumiendo sus recursos naturales y productivos en vez de conservarlos e incrementarlos. Porque si el agronegocio cobra rentas a la sociedad, la agricultura campesina por lo general las paga y con ello a la larga deja de ser viable.

Necesitamos, entonces, un nuevo entendimiento entre el surco y la banqueta, donde la ciudad reconozca y retribuya las reales aportaciones de un campo socialmente justo, ambientalmente sostenible y económicamente eficiente. Y esto se deberá materializar en políticas públicas orientadas a darle viabilidad técnico-económica a lo que es social y ambientalmente necesario, en acciones que revitalicen el mundo rural interviniendo decididamente el mercado agropecuario de alimentos mediante regulaciones y políticas compensatorias. Hoy sabemos que sólo la diversidad tecnológica y productiva es agroecológicamente sustentable y socialmente incluyente, pero el mercado (aun el de la “libre competencia” y no digamos el realmente existente, jineteado por las transnacionales) hace tabla rasa de la diversidad virtuosa, pues no entiende de costos legítimos pero desiguales y es sordo y ciego para “externalidades”

socioambientales decisivas como preservar la naturaleza, generar empleo e ingreso, propiciar la equidad social, sustentar la diversidad cultural, etcétera.

LAS HAMBRUNAS

Desde el 6 de abril de 2008 se desataron en Haití manifestaciones y saqueos de tiendas, reprimidos por la policía local y los Cascos Azules de la ONU, con saldo, hasta el momento, de dos muertos, más de 100 heridos y la caída del gobierno. Y es que el precio del arroz, alimento básico de ese país, el más pobre del continente Americano, se duplicó en una semana, de modo que hoy al 80% de la población que gana menos de dos dólares al día apenas le alcanza el salario para comprar un kilogramo del grano. En los mismos días, otros 30 países enfrentaban problemas sociales por la carestía de los alimentos, entre ellos Filipinas, Egipto, Pakistán, Camerún, Costa de Marfil, Mauritania, Etiopía, Madagascar, Senegal, Nigeria, Somalia, Sudán, Uganda, Tajikistán, Armenia, Venezuela, Bolivia, Perú, Chile y Argentina. En las naciones más pobres, como Haití y Perú, se comenzaba a repartir comida, mientras que las de mayor desarrollo relativo canalizaban subsidios a la población depauperada, como en Chile, donde el gobierno entrega un bono alimentario de 45 dólares a un millón y medio de familias marginadas. En Cuba, el gobierno planea destinar al impulso de la agricultura local parte de los 1 700 millones de dólares que anualmente destina a la importación de alimentos.

En la sección de agricultura del *World Development Report* (2008), el Banco Mundial (BM) reconoce que “el ajuste estructural [...] desmanteló un elaborado sistema de agencias públicas que proveía a los campesinos con acceso a la tierra, al crédito, a los seguros, a los insumos y a las formas cooperativas de organización. La expectativa [de] que estas funciones serían retomadas por agentes privados no ocurrió [...] Mercados incompletos y vacíos institucionales impusieron costos enormes [...] un crecimiento que se frustró y pérdidas en bienestar para los pequeños productores, amenazando su competitividad y en muchos casos, su sobrevivencia”. Admite también, que “es necesario volver a colocar este sector [la agricultura] en el centro del programa de desarrollo”, entre otras cosas porque de los 5 500 millones de habitantes de los países en desarrollo, 3 mil millones, casi media humanidad, viven en el campo, de modo que “se requiere una revolución de la productividad de los pequeños establecimientos agrícolas”.

Pero en la reunión de primavera de 2008, el BM y el Fondo Monetario Internacional (FMI), gargantas profundas del capitalismo salvaje, sus llamados de alerta subieron de tono. Robert B. Zoellick, presidente del BM, apremió a la comunidad internacional

a tomar medidas ante lo que llamó una “situación de emergencia”, mientras que Dominique Strauss-Kahn, director del FMI, presentó un diagnóstico desolador: “Cientos de miles de personas pueden dejar de comer. Los niños sufrirán desnutrición, con consecuencias para el resto de sus vidas [...] El alza del precio de la comida está acabando con todo lo obtenido en reducción de la pobreza [...] Esta puede ser la ruta de un gran conflicto en el futuro”.

Al coro se sumaron, días después, la FAO, al reconocer que pese a su gran producción agrícola América Latina tiene “50 millones de subnutridos” y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (Unesco), que en el documento *Evaluación internacional de las ciencias y tecnologías agrícolas para el desarrollo*, sostiene que “la agricultura moderna debe cambiar radicalmente para servir mejor a los pobres y hambrientos [*pues*] mantener las tendencias actuales en producción y distribución agotaría nuestros recursos y pondría en peligro el futuro de nuestros hijos”, para concluir alertando sobre una posible “explosión” social, por el alza en los alimentos.

Ya era hora de que los mayores impulsores de la suicida conversión antiagraria y anticampesina, como el BM y el FMI, confesarán el etnocidio en que incurrieron con sus “recomendaciones”. Pero como se vio a principios de junio de 2008, en la Conferencia de Alto Nivel sobre la Seguridad Alimentaria Mundial, convocada por la ONU, una cosa son los diagnósticos y las declaraciones y otra los acuerdos, que en esta ocasión fueron a todas luces insuficientes: apenas un corcho en el naufragio del Titanic. Para que la mudanza por la que claman a destiempo casi todos los organismos multilaterales sea efectiva, hará falta que los países cuyos gobiernos que escucharon sus cantos de sirena cambien en serio de rumbo revitalizando la producción de comida y poniendo al día la economía campesina, pues de otra manera más de 200 millones de latinoamericanos verán empeorar su situación en los próximos años y en países como México —dice demasiado tarde el FMI— el encarecimiento de los alimentos importados puede elevar el déficit comercial hasta 10 mil millones de dólares, un punto del PIB.

América Latina rebasó el pico del petróleo y el de las remesas (el número de los que envían bajó 30% y el monto total empieza a disminuir) lo que, sumado a la carestía de los básicos, recrudece la pobreza endémica. Hay que crecer más, claman algunos. Pero el alza continuada de los combustibles significa que el “despegue” económico que las metrópolis lograron con energéticos subvalorados tendríamos que emprenderlo nosotros con energéticos a la alza. Dice la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL): “América Latina deberá encarar su crecimiento [...] con energía cara, a diferencia de los países desarrollados que lograron su industrialización con petróleo barato” (CEPAL, 2008). Pero lo que ratifican los

quiebres de las tendencias (energéticos y alimentos al alza, remesas a la baja) no es que para nosotros el *takeoff* será más cuesta arriba, sino que la vía primermundista al “progreso” siempre nos estuvo vedada —ahora más—, de modo que habremos de reinventar tanto el camino como el objetivo (el paradigma de modernidad capitalista hace rato dio de sí). Y en esta ruta alterna, la agricultura campesina y el mercado interno serán decisivos.

El viraje tiene dos precondiciones: asumir la soberanía alimentaria mediante una relocalización planetaria de la producción de los básicos que reduzca el derroche energético de una economía mundial agroexportadora que privilegia los mercados globales sobre los locales, y asumir la soberanía en el trabajo mediante políticas de empleo digno y pequeña producción remuneradora que restauren la esperanza de un mejor futuro en el propio país y reduzcan el costo económico y la erosión social y cultural que ocasiona la migración forzada.

BIBLIOGRAFÍA

- “Acuerdo Nacional para el Campo” (2003), *Cuadernos Agrarios*, nueva época, número especial, México.
- Banco Mundial (2008), “Informe, mayo, 2008”, *La Jornada*, 16 de junio.
- Bartra, Armando (2003), *Cosechas de ira*, Itaca, México.
- Cabrera, Enriqueta (2008), *Sin petróleo. Apuntes sobre una nueva geografía del crudo*, Tinta, México.
- Economist Intelligence Unit (2008), “Urge otra revolución verde”, *La Jornada*, 17 de junio.
- (2007), “No más alimentos baratos”, *La Jornada*, 18 de diciembre.
- Hoering, Uwe (2005), “Agua para alimentos, agua para lucro. La política del Banco Mundial para el sector agrario del agua. Pan para el mundo”, Stuttgart.
- Mander, Jerry (ed.) (2007), “Manifiesto on Global Economic Transitions”, Global Project on Economic Transitions, septiembre.
- Márquez Ayala, David (2008), “Reporte económico”, *La Jornada*, 16 de junio.
- Matsuura, Koichiro (2008), “¿Puede salvarse la humanidad?”, *La Jornada*, 9 de febrero.
- Rubio, Blanca (2007), “¿Hacia un nuevo orden alimentario energético mundial”, *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, núms. 26-27, Buenos Aires.
- Rulli, Javiera (2007), “Introducción al modelo de la soja”, en Javiera Rulli (coord.), *Repúblicas unidas de la soja*, Grupo de Reflexión Rural, Paraguay.
- Turrent Fernández, César (2006), “Escenario de mercados mundiales de energía y alimentos. Repercusiones en México”, *Mundo Rural*, núm. 5, septiembre/diciembre, Cederssa.
- Santa Barbara, Jack (2007), *The False Promise of Biofuels*, International Forum on Globalization.

PÁGINAS ELECTRÓNICAS

- Agencia Internacional de Energía (IEA), “World Energy Outlook”, 2006 [www.iea.org].
- Banco Mundial (BM), “World Development Report, 2008” [www.bancomundial.org].
- Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (Cimyt) [www.cimmyt.org/spanish/fp/index.htm].
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) “Informe”, abril, 2008 [www.eclac.org].
- Financial Times [www.financialtimes.net].
- Fondo Monetario Internacional (FMI) “Reunión de primavera”, 2008 [www.imf.org/external/spanish].
- Geological Society of America (GSA) [<http://www.hubbartpeak.com/duncan/alduvai2000.htm>].
- Grupo de Reflexión Rural (GRR), Jorge Eduardo Rulli, “El modelo agroexportador y el rol de países productores de forraje configuran la nueva situación neocolonial en el capitalismo global”, junio 2005 [<http://www.iguazu.grr.opr.ar>].
- Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía (INEGI), “Informe 2008” [www.inegi.gob.mx].
- Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), “Informe septiembre 2008”, “Conferencia de alto nivel sobre seguridad alimentaria mundial”, junio, 2008 [www.fao.org/index_es.htm].
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) [www.oecd.org/centrodemexico].
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), “Evaluación internacional de las ciencias y tecnologías agrícolas para el desarrollo, 2008” [www.unesco.org.es].
- The Economist, “Índice de precios de alimentos 2008” [www.economist.com].
- The Institute of Science in Society, Datos generados por el International Food Policy Research Institute, 2008 [www.i-sis.org.uk/index.php].